

Sergei DOVLATOV, “La chaqueta de Fernand Léger”. (Versión reducida)

Traducido por Sonia SANTOS VILA
Universidad de Valladolid

Éste es un relato sobre un príncipe y un mendigo.

En marzo de 1941 nació Andrjusha Cherkasov. En septiembre de ese mismo año nací yo.

Andrjusha era hijo de un hombre eminente. Mi padre destacaba únicamente por su delgadez.

Nikolai Konstantinovich Cherkasov era un magnífico artista y diputado del Soviet Supremo. Mi padre simplemente era un hombre de teatro e hijo de un nacionalista burgués.

Peter Brook, Fellini y de Sica admiraban el talento de Cherkasov. El talento de mi padre suscitaba la duda incluso en sus padres.

Todo el país reconocía a Cherkasov como artista, diputado y luchador por la paz. Los vecinos tan sólo consideraban a mi padre un hombre nervioso.

Cherkasov tenía una casa de campo, un coche, un apartamento y fama. Mi padre sólo tenía asma.

Sus esposas eran amigas. Incluso creo que acabaron juntas los estudios en el Instituto del Teatro.

Mi madre fue una actriz corriente, después correctora y, por último, pensionista. Nina Cherkasova también fue una actriz de segunda fila. Tras la muerte de su marido la despidieron del teatro.

Sin duda, los Cherkasov tenían amistades inscritas en un círculo social de élite: Shostakovich, Mravinskij, Eisenstein ... Mis padres pertenecían al entorno familiar de los Cherkasov.

Durante toda la vida se preocuparon por mi familia y la protegieron. Cherkasov recomendaba a mi padre. Su mujer regalaba a mi madre vestidos y zapatos.

Mis padres reñían con frecuencia. Al final se divorciaron. El divorcio fue quizá el único acto pacífico de su vida en común, uno de los pocos casos en los que obraron unánimemente.

Cherkasov nos apoyó a mí y a mi madre. Por ejemplo, gracias a él conservamos el apartamento.

Andrjusha fue mi primer amigo. Nos conocimos en una evacuación. No nos conocimos exactamente, pero estábamos uno al lado del otro en nuestros cochecitos. Andrjusha tenía un cochecito extranjero. El mío era producto nacional.

Creo que nos daban de comer en el mismo jardín. Llegó la guerra.

Después la guerra terminó. Nuestras familias se encontraban en Leningrado. Los Cherkasov vivían en una casa del gobierno en la calle Kronverksko. Nosotros vivíamos en un apartamento comunal en la calle Rubinstein.

Veíamos a Andrjusha bastante a menudo. Juntos asistíamos a las matinales infantiles. Celebrábamos todos los cumpleaños.

Yo viajaba en el tranvía Kronverksko. Andrjusha llevaba chófer en su coche “Bugatti”.

Andrjusha y yo eramos de la misma estatura. Aproximadamente teníamos la misma edad. Ambos crecíamos robustos y enérgicos.

Recuerdo que Andrjusha era valiente e irascible. Yo era algo fuerte físicamente y creo que un poquito razonable.

Veraneábamos siempre en la casa de campo. Los Cherkasov tenían un chalet rodeado de pinos en el istmo Karelsko. Desde la ventana se veía el golfo Finskij.

En casa de Andrjusha estaba la nueva sirvienta. Las sirvientas cambiaban con frecuencia. Normalmente las despedían por robo. Francamente, es fácil entenderlas.

Nina Cherkasova tenía por todas partes objetos extranjeros. En todos los anaqueles había perfumes y cosméticos. Estas cosas atraían a las criadas jóvenes. Cuando Nina Cherkasova advertía la siguiente desaparición se enojaba:

–Ljubasha, ¿qué travesura es ésta?.

A la mañana siguiente Sinulja sustituía a Ljubasha...

Yo tenía una niñera, Luiza Genrihovna. Por ser alemana le amenazaba el encarcelamiento. Luiza Genrihovna se escondía con nosotros. En realidad vivía con nosotros. Al mismo tiempo se encargaba de mi educación. Creo que no le pagábamos todos sus servicios.

Por la mañana yo iba a casa de Andrjusha. Corríamos por la parcela, comíamos grosellas, jugábamos al tenis de mesa y cazábamos escarabajos. Cuando hacía calor íbamos a la playa. Si llovía, jugábamos con plastilina en el mirador.

Algunas veces venían los padres de Andrjusha. La madre casi todos los domingos. El padre cuatro veces durante el verano para dormir bien.

Los Cherkasov me trataban bien. Pero las sirvientas no. Es que yo era una carga complementaria por la que no se recibía pago suplementario.

Por esto se permitía que Andrjusha hiciera travesuras, pero a mí no. Las travesuras de Andrjusha parecían ciertamente naturales, pero las mías no del todo. A mí me decían: “Tú eres inteligente. Tienes que ser un ejemplo para Andrjusha...”. De este modo me convertía durante el verano en un pequeño guía moral.

Yo percibía la desigualdad, aunque gritaban a Andrjusha más a menudo y le castigaban de manera más severa. Sin embargo a mí, invariablemente, me lo ponían como modelo.

A pesar de todo yo me sentía ofendido. Andrjusha era el principal. La criada le consideraba como su amo. Pero yo era de lo que se llama gente humilde y aunque la sirvienta perdonaba mucho, estaba claro que no me quería.

Nina Cherkasova era una mujer inteligente y bien educada. Indudablemente ella no humillaba al hijo de su amiga con seis años de edad. Si Andrjusha cogía una manzana, a mí me correspondía lo mismo. Si Andrjusha iba al cine, nos compraban entradas para los dos.

Ahora entiendo que Nina Cherkasova poseía todos los méritos y carencias de los ricos. Ella era valiente, decidida y poseía una ingenuidad fría y aristocrática. Por ejemplo, consideraba el dinero un lastre. Le decía a mamá:

–¡Qué feliz eres, Nora! Le das a tu Sergei un caramelo barato y se pone contento. En cambio a mi insensato hijo sólo le gusta el chocolate...

Desde luego que a mí también me gustaba el chocolate, pero fingía que prefería el caramelo barato.

Yo no me lamento de la pobreza sufrida. Según Hemingway, la pobreza es una escuela imprescindible para el escritor. La escasez hace al hombre perspicaz.

Es curioso que Hemingway entendiera esto, cuando sólo se enriquecía...

A los siete años yo hacía creer a mamá que odiaba la fruta. Con nueve años me negué a probarme unos zapatos nuevos en una tienda. A los once me encantaba leer. Con dieciséis aprendí a ganar dinero.

Mantuvimos estrechas relaciones con Andrei Cherkasov hasta los dieciséis años. Él acabó el colegio inglés. Yo el ordinario. Él adoraba las matemáticas. A mí no me gustaban tanto las ciencias exactas. Por otra parte, los dos éramos unos buenos holgazanes.

Nos veíamos bastante a menudo. El colegio inglés estaba a cinco minutos a pie de nuestra casa. Andrjusha solía pasar después de las clases. Y yo de vez en cuando iba a su casa a ver la

televisión a color. Andrei era infantil, distraído y amigable. Yo ya por aquel entonces era malo y atento a la debilidad humana.

Durante los años escolares hicimos amigos y, lógicamente, cada uno los suyos. Entre los míos predominaban jóvenes criminales. Andrei atraía a los muchachos de buenas familias.

Mis amigos inspiraban inquietud e intranquilidad a Andrjusha Cherkasov. Algo les amenazaba constantemente. Ellos sólo conocían una forma de autoafirmación: la confrontación.

Sus compañeros a mí me inspiraban un sentimiento de incertidumbre y tristeza. Eran honrados, razonables y benévolos. Todos preferían un compromiso unánime.

Los dos nos casamos relativamente pronto. Yo, como era natural, con una chica pobre. Andrei con Dasha, nieta del químico Ipatev y educada en una familia de buena condición.

Recuerdo que leí acerca de la atracción recíproca de los contrarios. A mi entender hay en esta teoría algo dudoso o, como mínimo, discutible. Por ejemplo, Dasha y Andrei eran parecidos. Ambos eran guapos, benévolos y prácticos. Lo que más valoraban eran la tranquilidad y el orden y vivían cómodamente y sin problemas.

Sí, Lenoí y yo eramos parecidos: los dos unos fracasados crónicos, los dos en lucha con la realidad. Incluso en Occidente sabemos vivir de forma contraria a las normas esenciales...

Un día nos invitaron Andrjusha y Darja. Llegamos en el Kronverksko. En la entrada estaba sentado un miliciano. Éste cogió el auricular del teléfono:

–¡Andrei Nikolaevich, van a su casa!

Después se escuchó la voz de una persona en un tono un poco más severo:

–Que pasen...

Subimos en el ascensor y entramos en la casa.

Al llegar Dasha comentó:

–Perdonad. Tenemos una enfermera.

Yo al principio no comprendía. Pensaba que alguno de sus padres estaba malo. Incluso me indicaron que era preciso marcharse.

Ésta fue su explicación:

–Gena Lavrentev trajo una enfermera. Es el terror. Va vestida con un abrigo de pelo de oveja. Ha preguntado cuatro veces si se van a bailar. Ahora mismo se ha bebido una botella entera de cerveza fría ... Por Dios, que no se enfade...

–No importa -dije yo- estamos acostumbrados...

Por aquel entonces yo trabajaba en el periódico de la fábrica. Mi esposa era peluquera de señoras. Resultaba poco probable que algo nos pudiera sorprender.

Sin embargo yo ví a la enfermera tiempo después. Tenía unas manos preciosas, los ojos verdes y la frente brillante. Me gustaba. Comía mucho e incluso en la mesa bailaba de manera imperceptible.

Su compañero Lavrentev tenía peor aspecto. Tenía el cabello vaporoso y el rostro menudo: era un ser abominable. Además me fastidiaba. Siempre hablaba de un viaje a Rumanía. Creo que yo le dije que odiaba Rumanía...

Los años pasaron. Veíamos a Andrei muy raramente y cada año menos.

No habíamos reñido. No sentíamos un desengaño mutuo. Simplemente nos separamos.

En aquel tiempo yo ya escribía algo. Andrei terminaba su tesis de candidatura.

A él le rodeaban físicos divertidos, inteligentes y benévolos. A mí poetas locos, sucios y pretenciosos. Sus conocidos bebían de vez en cuando coñac y champaña. Los míos empleaban sistemáticamente vino rosado de Oporto. Sus compañeros declamaban en compañía de Gumiljov y Brodskij. Los míos leían excepcionalmente sus propias obras.

Poco tiempo después murió Nikolai Konstantinovich Cherkasov. El adiós tuvo lugar cerca del teatro Pushkin. Había tanta gente que el tráfico se paralizó.

Cherkasov era un artista popular. Y no sólo por el título. Le querían catedráticos y campesinos, generales y criminales. Gozaba de la gloria de Esenin, Zoschenko y Visoshkij.

Al año siguiente despidieron a Nina Cherkasova del teatro. Luego le quitaron premios de su marido. Le obligaron a devolver trofeos internacionales recibidos por Cherkasov en Europa. Entre ellos había objetos de oro muy valiosos. Obligaron a la viuda a que los entregara al museo teatral.

Desde luego Nina no se arruinó. Poseía la casa de campo, el coche y el apartamento. Además tenía ahorros. Dasha y Andrei trabajaban.

De vez en cuando mamá visitaba a Nina. También hablaba con ella por teléfono. Aquella se quejaba de su hijo. Decía que era despreocupado y egoísta.

Mi madre suspiraba así:

–Y eso que el tuyo no bebe...

En resumen, nuestras madres se convirtieron en unas ancianas idénticamente tristes y abatidas. En cambio nosotros eramos por igual unos hijos insensibles y despreocupados. Por lo demás Andrusha era un físico consumado y yo pues... un poeta disidente.

Nuestras madres se parecían. Pero no completamente. La mía casi no salía de casa. Nina Cherkasova asistía a todos los estrenos. Además viajaba a París.

Ella visitaba el extranjero desde tiempo atrás. Ahora iba a ver viejas amistades.

Sucedía algo extraño. Mientras vivía Cherkasov, en casa había diariamente invitados. Era gente ilustre y talentosa: Mravinskij, Raikin, Shostakovich. Todos ellos parecían amigos de la familia. Tras la muerte de Nikolai Konstantinovich quedó claro que eran sus amigos personales.

En general, los personajes célebres soviéticos desaparecieron en alguna parte. Los extranjeros se quedaron: Sartre, Yves Montand, la viuda del pintor Léger. Nina Cherkasova decidió visitar de nuevo Francia.

La semana antes de su partida nos encontramos casualmente. Yo estaba sentado en la biblioteca de la Casa del Periodista redactando una memoria sobre la tundra sometida.

Nueve capítulos de catorce en estas memorias comenzaban de la misma manera: “Si se habla sin falsa modestia...”. Además estaba obligado a dar crédito a citas leninistas.

De repente entró Nina Cherkasova. Yo no sabía que utilizábamos la misma biblioteca.

Había envejecido. Iba vestida, como siempre, con un lujo imperceptible y elegante.

Nos saludamos. Ella preguntó:

–Dime, ¿ya eres escritor?

Yo estaba desconcertado. No estaba preparado para esa pregunta tan sorprendente. Si ella me hubiera preguntado: “¿Eres ya un genio?”, yo le habría respondido tranquilamente que sí. Todos mis amigos se llamaban a sí mismos genios. Sin embargo autodenominarse escritor resultaba difícil.

Le expliqué:

–Escribo alguna cosa de entretenimiento...

En la sala de lectura estaban dos personas. Ambos miraban hacia nuestro lado. No porque reconocieran a la viuda de Cherkasov, sino más bien porque percibían el aroma del perfume francés.

Ella me dijo:

–¿Sabes?, hace mucho tiempo quisieron que yo escribiera sobre Kolja. Algo semejante a unas memorias.

–Escríbalas.

–Me temo que no tengo talento. Aunque a todos mis conocidos les gustaban mis cartas.

–Pues escriba una carta larga.

–Es muy difícil comenzar. Realmente, ¿cómo empezó todo? ¿Quizás con nuestros conocidos? o ¿mucho antes?

–Comience así.

–¿Cómo?

–“Es muy difícil comenzar. Realmente, ¿cómo empezó todo?...”.

–Compréndeme, Kolja era toda mi vida. Él era mi amigo. Era mi maestro... ¿Crees que es pecado amar a mi marido más que a mi hijo?

–No sé. Yo creo que en general el amor no se puede medir. Sólo es sí o no.

–Evidentemente has hablado con inteligencia, -dijo ella-.

Después conversamos sobre literatura. Si yo no se lo hubiera preguntado, no podría haber adivinado sus preferencias: Proust, Galsworthy, Feuchtwanger... Quedó claro que le encantaban Pasternak y Tchvetava.

Luego pasamos a la pintura. Yo estaba seguro de que ella admiraría a los impresionistas, y no me equivoqué.

Entonces le conté que los impresionistas preferían la eternidad momentánea y que sólo en Monet predominaban las nuevas tendencias por encima de lo visual.

Cherkasova suspiraba con melancolía:

–Creo que tienes razón...

Seguimos hablando una hora más. Luego ella se despidió y se marchó. Yo ya no quería redactar las memorias de la tundra sometida. Medité sobre la pobreza y la riqueza, sobre el alma humana miserable e hiriente...

En cierta ocasión trabajé en la defensa. Entre los manifestantes se encontraban trabajadores oficiales notorios. Los primeros días conservaban modos dirigentes. Después los organizadores acampaban en masa.

Una vez ví un documental sobre París. Los hechos sucedían en la Francia ocupada. Por las calles iban muchedumbres de refugiados. Me convencí de que los países esclavizados se asemejan. Todos los pueblos subyugados son gemelos.

En un instante se esfuma del hombre la tranquilidad y la riqueza superficiales. En el acto se descubre su espíritu herido y huérfano...

Transcurrieron tres semanas. Sonó el teléfono. Cherkasova había regresado de París. Me dijo que venía.

Compramos turrone y galletas.

Ella parecía algo misteriosa. Los franceses ilustres resultaban mucho más generosos que los nuestros. La habían recibido bien.

Mamá preguntó:

–¿Cómo eran los vestidos en París?

Nina Cherkasova respondió:

–Como los creen necesarios.

Nos entregó los regalos. Para mamá un elegante objeto teatral. Para Leno un juego de cosmética. Para mí sacó una chaqueta vieja.

Sinceramente, yo estaba algo desconcertado. La chaqueta reclamaba evidentemente limpieza y reparación. Los codos brillaban. Los botones no agarraban. En la parte delantera y en la manga observé manchas aceitosas.

Incluso pensé que hubiera sido mejor que me trajera un bolígrafo. Pero dije en voz alta:

–Gracias. No se tenía que haber molestado.

Yo no podía gritar: “¿¿Dónde logró adquirir tal antigualla?!”

La chaqueta era realmente vieja. Si se confía en los carteles soviéticos, tales chaquetas las llevan los parados americanos.

Cherkasova me miró un poco de manera extraña y dijo:

–Esta es la chaqueta de Fernand Léger. Él tenía aproximadamente tu complexión.

Yo pregunté con asombro:

–¿Léger? ¿el mismo?

–En cierta ocasión estuvimos muy unidos. Luego tuve amistad con su viuda y le hablé de tu existencia. Nadja se subió al armario, sacó esta chaqueta y me la dió. Me dijo que Fernand dejó en el testamento que ella estuviera con cualquier amigo...

Me puse la chaqueta. Me sentaba bien. Se podía llevar como un jersey de abrigo. Era algo semejante a un abrigo corto de otoño.

Nina Cherkasova se quedó con nosotros hasta las once. Después llamó un taxi.

Durante mucho tiempo observé las manchas aceitosas. Ahora me lamentaba de que fueran pocas. Sólo dos: en la manga y en la parte delantera. Me puse a hacer memoria: ¿qué sabía yo de Fernand Léger?

Era un hombre alto y robusto, un campesino normando. A los quince años partió al frente. Allí cortaba el pan con un cuchillo manchado de sangre. Los dibujos del frente de Léger están impregnados de terror.

En lo sucesivo, de modo parecido a Maiakovskij, luchó hábilmente. Pero Maiakovskij se mató de un tiro y Léger permaneció en pie y triunfó.

Soñaba con dibujar en los muros de los edificios y en los vagones. El arte, desde Shakespeare a Edith Piaf, vive de contrastes.

Sus palabras preferidas eran: “Renoir representaba lo que veía. Yo represento aquello que comprendo...”

Llevé la chaqueta ocho años. Me la ponía en ocasiones especiales y solemnes. Durante estos años las marcas de las pinturas aceitosas desaparecieron.

El hecho de que la chaqueta perteneciera a Fernand Léger lo sabían unos pocos. Eran pocos a quienes yo hablé acerca de esto. Para mí resultaba muy agradable guardar este miserable secreto.

El tiempo pasó. Nos encontrábamos en América. Nina Cherkasova había muerto y había dejado a mamá mil quinientos rublos. En la Unión eso era mucho dinero. Resultaba bastante difícil recibirlo en New York. Eran necesarios una gestión y un esfuerzo increíbles.

Decidimos obrar de otro modo. Pusimos en regla un poder a nombre de mi hermano mayor. Sin embargo esto suponía un acto en el marco de la ilegalidad. Anduve con papeles dos meses. En agosto mi hermano me comunicó que el dinero había sido cobrado. No hubo manifestaciones de gratitud. Quizás para él el dinero no merece la pena.

Por otra parte nos distanciamos. A Andrei Cherkasov todo le va bien. En invierno se doctorará en Ciencias Físicas o Físicomatemáticas... ¿Cuál es la diferencia?